



## VERSO

### LA PRESENCIA DE DIOS

Doquiera que los ojos  
Inquieto torno en cuidadoso anhelo,  
Allí, gran Dios, presente  
Atónito mi espíritu te siente.  
Allí estás, y llenando  
La inmensa Creación, so el alto empireo  
Velado en luz te asientas,  
Y tu gloria inefable á un tiempo ostentas.  
La humilde yerbecilla  
Que huella; el monte, de eterna nieve  
Cubierto, se levanta  
Y esconde en el abismo su honda planta;  
El aura, que en las hojas  
Con leve pluma susurrante juega,  
Y el sol, que en la alta cima  
Del cielo ardiendo el universo anima;  
Me claman que en la llama  
Brillas del sol; que sobre el rauda viento  
Con ala voladora  
Cruzas del occidente hasta la aurora;  
Y que el monte encumbrado  
Te ofrece un trono en su nevada cima;  
Y la yerbecilla crece  
Por tu sopro vivífico, y florece.

Tu inmensidad lo llena  
Todo, Señor, y más; del invisible  
Insecto al elefante;  
Del átomo al cometa rutilante.  
Tú á la tiniebla oscura  
Das su pardo capuz, y el sutil velo  
A la alegre mañana,  
Sus huellas matizando de oro y grana.  
Y cuando primavera  
Desciende al ancho mundo, afable ríes  
Entre sus gayas flores,  
Y te aspiro en sus plácidos olores.  
Y cuando el inflamado  
Sirio más arde en sus congojos fuegos,  
Tú las llenas espigas  
Volando mueves, y su ardor mitigas.  
Si entonces al bosque umbrioso  
Corro, en su sombra estás y allí atesoras  
El frescor regalado,  
Blando alivio á mi espíritu cansado.  
Un religioso miedo  
Mi pecho turba, y una voz me grita:  
«En este misterioso  
Silencio mora; adórale humilde.»  
Pero á par en las ondas  
Te hallo del hondo mar: los vientos llamas  
Y á su saña lo entregas,  
O si te place, su furor sosiegas.  
Por doquiera, infinito  
Te encuentro y siento, en el florido prado,  
Y en el luciente velo  
Con que tu umbrosa noche entolda el cielo.  
Que del átomo eres  
El Dios, y el Dios del sol, del gusanillo  
Que en el vil lodo mora,  
Y el ángel puro que tu lumbre adora.  
Igual sus himnos oyes,



Y oyes mi dulce voz, de la cordera  
El plácido balido  
Y del león el hórrido rugido.  
Y á todos dadivoso  
Acorres, Dios inmenso, en todas partes,  
Y por siempre presente,  
¡Ay! oye á un hijo en su rogar ferviente.  
Oyelo blando, y mira  
Mi deleznable sér: dignos mis pasos  
De tu presencia sean,  
Y doquier tu deidad mis ojos vean.  
Hinche el corazón mío  
De un ardor celestial, que á cuanto existe  
Como tú se derrame,  
Y ¡oh Dios de amor! en tu universo te ame.  
Todos tus hijos somos,  
El tártaro, el japon, el indio rudo.  
El tostado africano  
Es un hombre, es tu imagen, y es mi hermano.  
J. MELÉNDEZ VALDÉS.

---

### FRAGMENTO

.....  
¡Oh salve, salve, fuentecilla hermosa  
de adormida corriente. Desmayada  
tal vez, Diciembre al Guadarrama frío  
te encadenó: benigna primavera  
rompe tus grillos; corre á la pradera,  
florezca en tu correr, y el bosque umbrío  
redoble en tus cristales  
la pompa de tus ramas inmortales.  
Corre dichosa y tu feliz corriente  
oiga nacer el trébol delicado  
y verde juncia entre la humilde grama.

Tu benéfico humor la árida frente  
cubra aquel risco, y brille hermozeado  
con musgoso verdor. Mas ¿quién derrama  
por la ancha vega en profusión fragante  
el balsámico olor que así enajena?  
¡Oh coronilla! en la mojada arena  
de tu dorada flor eterno amante,  
quiero á su sombra fría  
posar la sien hasta que espire el día.

NICASIO ALVAREZ CIENFUEGOS.  
*Oda á la Primavera.*

---

### A LA MUERTE DE JESÚS

¿Y eres tú el que, velando  
La excelsa majestad en nube ardiente,  
Fulminaste en Siná? Y el limpio bando  
Que eleva contra tí la osada frente,  
¿Es el que oyó medroso  
De tu rayo el estruendo fragoroso?  
Más ahora abandonado  
¡Ay! pendes sobre el Gólgota, y al Cielo  
Alzas gimiendo el rostro lastimado;  
Cubre tus bellos ojos mortal velo,  
Y su luz extinguida  
En amargo suspiro das la vida.  
Así el amor lo ordena,  
Amor más poderoso que la muerte;  
Por él de la maldad sufre la pena  
El Dios de las virtudes, y león fuerte,  
Se ofrece al golpe fiero  
Bajo el vellón de cándido cordero  
¡Oh víctima preciosa  
Ante siglos de siglos degollada!  
Aun no ahuyentó la noche pavorosa



Por vez primera el alba nacarada,  
Y hostia del amor tierno  
Moriste en los decretos del Eterno.  
¡Ay! ¿quién podrá mirarte?  
¡Oh paz, oh gloria del culpado mundo!  
¿Qué pecho empedernido no se parte  
Al golpe acerbo del dolor profundo,  
Viendo que en la delicia  
Del gran Jehová descarga su justicia?  
¿Quién abrió los raudales  
De esas sangrientas llagas, amor mío?  
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales  
De horror y palidez? Cuál brazo impío  
A tu frente divina  
Ciñó corona de punzante espina?  
Cesad, cesad, crueles:  
Al santo perdonad, muera el malvado;  
Si sois de un justo Dios ministros fieles,  
Caiga la dura pena en el culpado.  
Si la impiedad os guía  
Y en la sangre os cebáis, verted la mía.  
¡Mas ay! que eres tú solo  
La víctima de paz que el hombre espera;  
Si del Oriente al escondido polo  
Un mar de sangre criminal corriera,  
Ante Dios irritado  
No explicación, fuera pena del pecado.  
Que no, cuando del cielo  
Su cólera en diluvios descendía,  
Y á la maldad, que dominaba el suelo,  
Y á las malvadas gentes envolvía,  
De la diestra potente,  
Depuso Sabaoth su espada ardiente.  
Venció la excelsa cumbre  
De los montes el agua vengadora:  
El sol, amortecida la alba lumbre  
Que el firmamento rápido colora,

Por la esfera sombría.  
Cual pálido cadáver discurría.  
Y no el ceño indignado  
De su semblante descogió el Eterno.  
Mas ya, Dios de venganzas, tu Hijo amado,  
Domador de la muerte y del Averno,  
Tu cólera infinita  
Extinguir en tu sangre solicita ...  
¿Oyes, oyes cuál clama:  
*Padre de amor, ¿por qué me abandonaste?*  
Señor, extingue la funesta llama,  
Que en tu furor al mundo derramaste.  
De la acerba venganza  
Que sufre el justo, nazca la esperanza.  
¿No veis como se apaga  
El rayo entre las manos del Potente?  
Ya de la muerte la tiniebla vaga  
Por el semblante de Jesús doliente,  
Y su triste gemido  
Oye el Dios de las iras complacido.  
Ven, ángel de la muerte,  
Esgrime, esgrime la fulmínea espada,  
Y el último suspiro del Dios fuerte,  
Que la humana maldad deja expiada,  
Suba al solio sagrado  
Do vuelva en padre tierno al indignado.  
Rasga tu seno, oh tierra:  
Rompe, oh templo, tu velo Moribundo  
Yace el Criador: más la maldad aterra,  
Y un grito de furor lanza el profundo:  
*Muere... Gemid; humanos:*  
Todos en él pusisteis vuestras manos.

ALBERTO LISTA.



## AL DOS DE MAYO

Noche, lóbrega noche, eterno asilo  
Del miserable que esquivando el sueño  
Profundas penas en silencio gime,  
No desdeñes mi voz; letal beleño  
Presta á mis sienes, y en tu horror sublime  
Empapada la ardiente fantasía,  
Da á mi pincel fatídicos colores,  
Con que el *tremendo día*  
Trace al fulgor de vengadora tea,  
Y el odio irrite de la patria mía  
Y escándalo y terror al orbe sea.  
¡Día de execración! La destructora  
Mano del tiempo le arrojó al Averno.  
Más ¿quién el sempiterno  
Clamor con que los ecos importuna  
La madre España en enlutado arreo  
Podrá atajar? Junto al sepulcro frío,  
Al pálido lucir de opaca luna,  
Entre cipreses fúnebres la veo.  
Trémula, yerta y desceñido el manto,  
Los ojos moribundos  
Al cielo vuelve que le oculta el llanto;  
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos  
Yace entre el polvo, y el león guerrero  
Lanza á sus pies rugido lastimero.  
¡Ay! que cuál débil planta  
Que agosta en su furor hórrido viento,  
De victimas sin cuento  
Lloró la destrucción Mántua afligida!  
Yo ví, yo ví su juventud florida  
Correr inerme al huésped ominoso.  
Más ¿qué su generoso  
Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo

En quien su honor y su defensa fia,  
La condenó al cuchillo.  
¿Quién, ¡ay! la alevosía,  
La horrible asolación habrá que cuente  
Que hollando de amistad los santos fueros  
Hizo furioso en la indefensa gente  
Ese tropel de tigres carniceros?  
Por las henchidas calles  
Gritando se despeña  
La infame turba que abrigó en su seno.  
Rueda allá rechinando la cureña,  
Acá retumba el espantoso trueno;  
Allí el joven lozano,  
El mendigo infeliz, el venerable  
Sacerdote pacífico, el anciano  
Que con su airada faz respeto imprime,  
Juntos amarra su dogal tirano.  
En balde, en balde gime  
De los duros satélites en torno  
La triste madre, la afligida esposa  
Con doliente clamor; la pavorosa  
Fatal descarga suena  
Que á luto y llanto eterno las condena.  
¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuánto estrago!  
¡Cuántos ayes doquier! Despavorido  
Mirad ese infelice  
Quejarse al adalid empedernido  
De otra cuadrilla atroz. «¡Ah! ¿qué te hice?»  
Exclama el triste en lágrimas deshecho;  
«Mi pan y mi mansión partí contigo,  
Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,  
Templé tu sed, y me llamé tu amigo:  
¿Y ora pagar podrás nuestro hospedaje  
Sincero, franco, sin doblez ni engaño,  
Con dura muerte y con indigno ultraje?»  
¡Perdido suplicar! ¡inútil ruego!  
El monstruo infame á sus ministros mira,



Y con tremenda voz gritando ¡fuego!  
Tinto en su sangre el desgraciado espira.  
Y en tanto ¿dó se esconden,  
Dó están, oh cara patria, tus soldados  
Que á tu clamor de muerte no responden?  
Presos, encarcelados  
Por jefes sin honor, que haciendo alarde  
De su perfidia y dolo  
A merded de los bárbaros lo dejan;  
Como entre hierros el león, forcejan  
Con inútil afán. Vosotros sólo,  
Fuerte Daoiz, intrépido Velarde,  
Que osando resistir al gran torrente  
Dar supisteis en flor la dulce vida  
Con firme pecho y con serena frente;  
Si de mi libre musa  
Jamás el eco adormeció á tiranos,  
Ni vil lisonja emponzoñó su aliento  
Allá del alto asiento  
A que la acción magnánima nos eleva,  
El himno oid que á vuestro nombre entona,  
Mientras la fama alígera le lleva  
Del mar de hielo á la abrasada zona.  
Mas, ¡ay! que en tanto sus funestas alas  
Por la opresa metrópoli tendiendo  
La yerma asolación sus plazas cubre;  
Y al áspero silbar de ardientes balas,  
Y al ronco son de los preñados bronce,  
Nuevo fragor y estrépito sucede.  
¿Oís como rompiendo  
De moradores tímidos las puertas  
Caen estallando de los fuertes goznes?  
¿Con qué espantoso estruendo  
Los dueños buscan que medrosos huyen?  
Cuanto encuentran destruyen  
Bramando los atroces forajidos  
Que el robo infame y la matanza ciegan.

¿No veis cuál se despliegan  
Penetrando en los hondos aposentos  
De sangre, y oro, y lágrimas sedientos?  
Rompen, talan, destrozan  
Cuanto se ofrece á su sangrienta espada;  
Aquí matando al dueño se alborozan,  
Hieren allí su esposa acongojada:  
La familia asolada  
Yace espirando, y con feroz sonrisa  
Sorben voraces el fatal tesoro.  
Suelta, á otro lado, la madeja de oro,  
Mustio el dulce carmín de su mejilla  
Y en su frente marchita la azucena,  
Con voz turbada y anhelante lloro  
De su verdugo ante los pies se humilla  
Tímida virgen de amargura llena;  
Mas con furor de hiena,  
Alzando el corvo alfanje damasquino  
Hiende su cuello el bárbaro asesino.  
¡Horrible atrocidad! ¡treguas, oh musa  
Que ya la voz rehusa,  
Embargada en suspiros, mi garganta!  
Y en ignominia tanta  
¿Será que rinda el español bizarro  
La indómita serviz á la cadena?  
No, que ya en torno suena  
De Palas tiera el sanguinoso carro,  
Y el látigo estallante  
Los caballos flamígeros hostiga.  
Ya el duro peto y el arnés brillante  
Visten los fuertes hijos de Pelayo.  
Fuego arrojó su ruginoso acero:  
¡Venganza y guerra! resonó en su tumba;  
¡Venganza y guerra! repitió Moncayo;  
Y al grito heróico que en los aires zumba,  
¡Venganza y guerra! claman Turia y Duero;  
Guadalquivir guerrero



Alza al bélico són la regia frente,  
Y del patrón valiente,  
Blandiendo altivo la nudosa lanza,  
Corre gritando al mar: ¡Guerra y venganza!

Vosotras, oh infelices  
Sombras de aquellos que la infiel cuchilla  
Robó á sus lares, y en fugaz gemido  
Cruzáis los anchos campos de Castilla;  
La heróica España en tanto que al bandido  
Que á fuego y sangre de insolencias ciego  
Brindó felicidad, á sangre y fuego  
Le retribuye el dón, sabrá piadosa  
Daros solemne y noble monumento:  
Allí en padrón crüento  
De oprobio y mengua, que perpetuo dure,  
La vil traición del déspota se véa:  
Y altar eterno sea  
Donde todo español al monstruo jure  
Rencor de muerte que en tus venas eunda,  
Y á cien generaciones se difunda.

J. NICASIO GALLEGO.

## A LA INVENCION DE LA IMPRENTA

¿Será que siempre la invención sangrienta  
O del solio el poder pronuncie sólo,  
Cuando la trompa de la fama alienta  
Vuestro divino labio, hijos de Apolo?  
¿No os da rubor? El don de la alabanza,  
La hermosa luz de la brillante gloria,  
¿Serán tal vez del nombre á quien daría  
Eterno oprobio ó maldición la historia?  
¿Oh! despertad: el humillado acento  
Con majestad no usada  
Suba á las nubes penetrando el viento;

Y si queréis que el universo os crea  
Dignos del lauro en que ceñís la frente,  
Que vuestro canto enérgico y valiente  
Digno también del universo sea.  
No los aromas de loor se vieron  
Vilmente degradados  
Así en la antigüedad, siempre las aras  
De la invención sublime,  
Del genio bienhechor los recibieron.  
Nace Saturno, y de la madre tierra  
El seno abriendo con el fuerte arado,  
El precioso tesoro  
De vivifica miés descubre el suelo,  
Y grato el canto le remonta al cielo,  
Y Dios le nombra de los siglos de oro.  
¿Dios no fuiste también tú, que allá un día  
Cuerpo á la voz y al pensamiento diste,  
Y trazándola en letras, detuviste  
La palabra veloz que antes huía?  
Sin tí se devoraban  
Los siglos á los siglos, y á la tumba  
De un olvido eternal yertos bajaban.  
Tú fuiste: el pensamiento  
Miró ensanchar la limitada esfera  
Que en su infancia fatal le contenía.  
Tendió las alas, y arribó á la altura  
De do escuchar la edad que antes viviera,  
Y hablar ya pudo con la edad futura.  
¡Oh gloriosa ventura!  
Goza, genio inmortal, goza tú solo  
Del himno de alabanza y los honores  
Que á tu invención magnífica se deben:  
Contéplala brillar; y cual si sola  
A ostentar su poder ella bastara,  
Por tanto tiempo reposar natura  
De igual prodigio al universo avara.  
Pero al fin sacudiéndose, otra prueba



La plugo hacer de sí, y el Rhin helado  
Nacer vió á Gutemberg. «¿Conque es en vano  
Que el hombre al pensamiento  
Alcanzase escribiéndole á dar vida,  
Si desnudo de curso y movimiento,  
En letargosa oscuridad se olvida?  
No basta un vaso á contener las olas  
Del férvido Océano,  
Ni en sólo un libro dilatarse pueden  
Los grandes dones del ingenio humano:  
¿Qué les falta? ¿Volar? Pues si á natura  
Un tipo basta á producir sin cuento  
Seres iguales, mi invención la siga:  
Que en ecos mil y mil sienta doblarse  
Una misma verdad, y que consiga  
Las alas de la luz al desplegarse.»

Dijo, y la Imprenta fué; y en un momento  
Vieras la Europa atónita, agitada  
Con el estruendo sordo y formidable  
Que hace sañudo el viento  
Soplando el fuego asolador que encierra  
En sus cavernas lóbregas la tierra.  
¡Ay del alcázar que el error fundaron  
La estúpida ignorancia y tiranía!  
El volcán reventó, y á su porfía  
Los soberbios cimientos vacilaron.  
¿Qué es el monstruo, decid, inmundo y feo  
Que abortó el Dios del mal, y que insolente  
Sobre el despedazado Capitolio  
A devorar el mundo impunemente  
Osó fundar su abominable solio?

Dura, sí; mas su inmenso poderío  
Desplomándose va; pero su ruina  
Mostrará largamente sus estragos.  
Así torre fortísima domina  
La altiva cima de fragosa sierra;  
Su albergue en ella y su defensa hicieron

Los hijos de la guerra,  
Y en ella su pujanza arrebatada  
Rugiendo los ejércitos rompieron.  
Después abandonada,  
Y del silencio y soledad sitiada,  
Conserva, aunque ruinoso, todavía  
La aterradora faz que antes tenía.  
Mas llega el tiempo, y la estremece, y cae;  
Cae, los campos gimen  
Con los rotos escombros, y entre tanto  
Es escarnio y baldón de la comarca  
La que antes fué su escándalo y espanto.

Tal fué el lauro primero que las sienas  
Ornó de la razón, mientras osada,  
Sedienta de saber la inteligencia,  
Abarca el universo en su gran vuelo.  
Levántase Copérnico hasta el cielo  
Que un velo impenetrable antes cubría,  
Y allí contempla el eternal reposo  
Del astro luminoso  
Que da á torrentes su esplendor al día.  
Siente bajo su planta Galileo  
Nuestro globo rodar; la Italia ciega  
Le da por premio un calabozo impío,  
Y el globo en tanto sin cesar navega  
Por el piélago inmenso del vacío;  
Y navegan con él impetuoso,  
A modo de relámpagos huyendo,  
Los astros rutilantes; más lanzado  
Veloz el genio de Newton tras ellos,  
Los sigue, los alcanza,  
Y á regular se atreve  
El grande impulso que sus orbes mueve.  
«¡Ah! ¿qué te sirve conquistar los cielos,  
Hallar la ley en que sin fin se agitan  
La atmósfera y el mar, partir los rayos  
De la impalpable luz, y hasta en la tierra



Cavar y hundirte, y sorprender la cuna  
Del oro y del cristal? Mente ambiciosa,  
Vuélvete al hombre.» Ella volvió, y furiosa  
Lanzó su indignación en sus clamores.

«¡Conque el mundo moral todo es horrores!  
¡Conque la atroz cadena

Que forjó en su furor la tiranía,  
De polo á polo inexorable suena,  
Y los hombres condena

De la vil servidumbre á la agonía!

¡Oh! no sea tal.» Los déspotas lo oyeron,  
Y el cuchillo y el fuego á la defensa  
En su diestra nefaria apercibieron.

¡Oh! ¡insensatos! ¿Qué hacéis? Esas hogueras  
Que á devorarme horribles se presentan  
Y en arrancarme á la verdad porfían,  
Fanales son que á su esplendor me guían,  
Antorchas son que su victoria ostentán.

En su amor anhelante

Mi corazón extático la adora,

Mi espíritu la ve, mis pies la siguen.

No: ni el hierro ni el fuego amenazante

Posible es ya que á vacilar me obliguen.

¿Soy dueño por ventura

De volver el pie atrás? Nunca las ondas

Tornan del Trajo á su primera fuente

Si una vez hacia el mar se arrebataron:

Las sierras, los peñascos, su camino

Se cruzan á atajar: pero es en vano;

Que el vencedor destino

Las impele bramando al Océano.

Llegó, pues, el gran día

En que un mortal divino, sacudiendo

De entre la mengua universal la frente,

Con voz omnipotente

Dijo á la faz del mundo: «El hombre es libre.»

Y esta sagrada exclamación saliendo,

No en los estrechos límites hundida  
Se vió de una región; el eco grande  
Que inventó Gutemberg la alza en sus alas;  
Y en ellas conducidas,  
Se mira en un momento  
Salvar los montes, recorrer los mares,  
Ocupar la extensión del vago viento;  
Y sin que el trueno á su furor la asombre,  
Por todas partes el valiente grito  
Sonar de la razón: «Libre es el hombre.»

Libre, sí, libre: ¡oh dulce voz! Mi pecho  
Se dilata escuchándole y palpita,  
Y el numen que me agita,  
De tu sagrada inspiración henchido,  
A la región olímpica se eleva,  
Y en sus alas flamíferas me lleva.  
¿Dónde quedáis, mortales,  
Que mi canto escucháis? Desde esta cima  
Miro al destino las ferradas puertas  
De su alcázar abrir, el denso velo  
De los siglos romperse, y descubrirse  
Cuanto será. ¡Oh placer! No es ya la tierra  
Ese planeta mísero en que ardieron  
La implacable ambición, la horrible guerra.

Ambas gimiendo, para siempre huyeron,  
Como la peste y las borrascas huyen  
De la afligida zona, que destruyen,  
Si los vientos del polo aparecieron.  
Los hombres todos su igualdad sintieron,  
Y á recobrarla las valientes manos  
Al fin con fuerza indómita movieron.  
No hay ya ¡qué gloria! esclavos ni tiranos;  
Que amor y paz el universo llenan,  
Amor y paz por do quier respiran,  
Amor y paz sus ámbitos resuenan.  
Y el Dios del bien sobre su trono de oro  
El cetro eterno, por los aires tiende:



Y la serenidad y la alegría  
Al orbe que defiende  
En raudales benéficos envía.  
¿No la veis? ¿No la veis? ¿La gran columna,  
El magnífico y bello monumento  
Que á mi atónita vista centellea?  
No son, no, las pirámides que al viento  
Levanta la miseria en la fortuna  
Del que renombre entre opresión granjea.  
Ante él por siempre humea  
El perdurable incienso  
Que grato el orbe á Gutemberg tributa,  
Breve homenaje á su favor inmenso,  
¡Gloria á aquel que la estúpida violencia  
De la fuerza aterró, sobre ella alzando  
A la alma inteligencia!  
Gloria al que, en triunfo la verdad llevando,  
Su influjo eternizó libre y fecundo;  
¡Himnos sin fin al bienhechor del mundo!

M. J. QUINTANA.

---

### EL BURRO FLAUTISTA.

Esta fabulilla,  
Salga bien ó mal,  
Me ha ocurrido ahora,  
Por casualidad.  
Cerca de unos prados  
Que hay en mi lugar,  
Pasaba un borrico,  
Por casualidad.  
Una flauta en ellos  
Halló, que un zagal  
Se dejó olvidada,  
Por casualidad.

Acercóse á olerla  
El dicho animal,  
Y dió un resoplido,  
Por casualidad.  
En la flauta el aire  
Se hubo de colar;  
Y sonó la flauta,  
Por casualidad.  
¡Oh! dijo el borrico;  
¡Qué bien sé tocar!  
¿Y dirán que es mala  
La música asnal?  
Sin reglas del arte  
Borriquitos hay,  
Que una vez aciertan,  
Por casualidad.

IRIARTE.

---

### EL GRAJO Y LOS PAVOS REALES

Con las plumas de un pavo  
Un grajo se vistió: pomposo y bravo  
En medio de los pavos se pasea.  
La manada lo advierte, le rodea,  
Todos le pican, burlan, y le envían...  
¿Dónde, si ni los grajos le querían?  
*¿Cuánto há que repetimos este cuento  
Sin que haya en los plagiarios escarmiento?*

---

### CANCIÓN DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,  
Viento en popa á toda vela,  
No corta el mar sino vuela  
Un velero bergantín:



Bajel pirata que llaman  
Por su bravura el *Temido*,  
En todo mar conocido  
Del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,  
En la lona gime el viento,  
Y alza el blando movimiento  
Olas de plata y azul;

Y ve el capitán pirata,  
Sentado alegre en la popa,  
Asia á un lado, al otro Europa,  
Y allá á su frente Estambul.

«Navega, velero mío,  
Sin temor,

Que ni enemigo navío,  
Ni tormenta ni bonanza  
Tu rumbo á torcer alcanza  
Ni á sujetar tu valor.

Veinte presas  
Hemos hecho

A despecho  
Del inglés,  
Y han rendido

Sus pendones  
Cien naciones  
A mis pies.

*Que es mi barco mi tesoro,  
Que es mi Dios la libertad,  
Mi ley la fuerza y el viento,  
Mi única patria la mar.*

Allá muevan feroz guerra  
Ciegos reyes

Por un palmo más de tierra;  
Que yo tengo aquí por mío  
Cuanto abarca el mar bravío,  
A quien nadie pone leyes.

Y no hay playa  
Sea cualquiera,  
Ni bandera  
De esplendor,  
Que no sienta  
Mi derecho  
Y dé pecho  
A mi valor

*Que es mi barco mi tesoro...*

A la voz de «¿barco viene?»  
Es de ver

Cómo vira y se previene  
A todo trazo escapar;  
Que yo soy el rey del mar,  
Y mi furia es de temer.

En las presas  
Yo divido  
Lo cogido  
Por igual;  
Sólo quiero  
Por riqueza  
La belleza  
Sin rival.

*Que es mi barco mi tesoro...*

¡Sentenciado estoy á muerte!

Yó me río:

No me abandone la suerte,  
Y al mismo que me condena  
Colgaré de alguna entena,  
Quizá en su propio navío.

Y si caigo  
¿Qué es la vida?  
Por perdida  
Ya la di  
Cuando el yugo



Del esclavo  
Como un bravo  
Sacudí.

*Que es mi barco mi tesoro...*

Son mi música mejor  
Aquilones,  
El estrépito y temblor  
De los cables sacudidos,  
Del negro mar los bramidos  
Y el rugir de mis cañones.

Y del trueno  
Al son violento,  
Y del viento  
Al rebramar,  
Yo me duermo  
Sosegado  
Arrullado  
Por la mar.

*Que es mi barco mi tesoro,  
Que es mi Dios la libertad,  
Mi ley la fuerza y el viento,  
Mi única patria la mar.*

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

## EL MIÉRCOLES DE CENIZA

¡Oh! despertad mortales,  
mirad con atención en vuestro daño.

FRAY LUIS DE LEÓN.

Venid al templo, hermanos:  
nieblas que esperece el sol de la mañana  
son los goces mundanos.

¡Ay del que en pos se afana,  
fija la mente en su ilusión liviana!

Pedidle á Dios un día  
que alumbré en paz vuestro mortal camino:  
por más segura vía,  
y con mejor destino,  
guíe á las almas su esplendor divino.

Llevad la frente alzada,  
siervos de Dios: con su laurel glorioso,  
tras esa vil morada,  
en éxtasis dichoso,  
hallará vuestro afán dulce reposo  
Breve senda es la vida  
que da á un pensil de regaladas flores;

¡ay, si el alma perdida  
sólo vé en sus colores  
de una ilusión los falsos resplandores!

Venid, venid, hermanos,  
polvo sois: vuestro bien, vuestra amargura  
son como el polvo vanos;  
es polvo la hermosura,  
polvo la gloria y su inmortal ventura.

Un céfiro os levanta,  
una brisa os esparce por el viento:  
venid, ya el sol espanta  
con su fulgor violento  
la bruma que corona el firmamento.

Blanda la excelsa lumbre  
del cielo dora la extensión tranquila;  
ya enrojece la cumbre,  
ya el peñón vacila,

ya la tiniebla en Occidente apila.  
La bruma silenciosa  
flota un momento, en el azul colgada,  
y acatando medrosa  
la luz del sol sagrada,

lánzase por el viento atropellada.  
Así va en su carrera,  
ya por un aura de placer mecida



que la agita ligera,  
ya del cierzo impelida,  
la tormentosa niebla de la vida.

FRANCISCO ZEA.

## EN LAS ERMITAS

DE LA SIERRA DE CÓRDOBA

Hay de la alegre sierra  
Sobre las lomas,  
Unas casitas blancas  
Como palomas.

Les dan dulces esencias  
Los limoneros,  
Los verdes naranjales  
Y los romeros.

Allí junto á las nubes  
La alondra trina,  
Allí tiende sus brazos  
La cruz divina.

La vista arrebatada  
Vuela en su anhelo,  
Del llano á las ermitas,  
¡De ellas al cielo!

Allí olvidan las almas  
Sus desengaños;  
Allí cantan y rezan  
Los ermitaños.

El agua que allí oculta  
Se precipita,  
Dicen los cordobeses  
Que está bendita.

Prestan á aquellos nidos  
Luz los querubes,  
Guirnaldas las estrellas,  
Mantos las nubes...

¡Muy alta está la cumbre!  
¡La cruz muy alta!  
Para llegar al cielo  
¡Cuán poco falta!

Puso Dios en los mares  
Flores de perlas,  
En las conchas jardines  
Donde esconderlas.

En el agua del bosque  
Frescos murmullos;  
De abril en las auroras  
Tiernos capullos.

Arpas del paraíso  
Puso en las aves;  
En las húmedas auras  
Himnos suaves.

Y para dirigirle  
Preces benditas,  
Puso altares y flores  
En las ermitas.

Las cuestas por el mundo  
Dan pesadumbre,  
A los que desde el llano  
Van á la cumbre...

Subid á donde el monje  
Reza y trabaja;  
¡Más larga es la vereda  
Cuando se baja!

Ya la envuelva la noche,  
Ya el sol la alumbre,  
Buscad á los que rezan  
Sobre esa cumbre.

Ellos de santos mares  
Van tras el puerto;  
¡Caravana bendita  
De aquel desierto!

Forman música blanda



De un campanario,  
De semillas campestres  
Santo *rosario*;

De una gruta en el monte  
Plácido asilo;  
De una tabla olvidada  
Lecho tranquilo.

De legumbres y frutas  
Pobres manjares,  
Parten con los mendigos  
En sus altares.

Allí la cruz consuela,  
La tumba advierte;  
¡Allí pasan la vida  
Junto á la muerte!

Por los ojos que finge  
La calavera  
Ven el mundo... y su vana  
Pompa altanera.

Calavera sombría,  
Que en bucles bellos  
Adornaron un día  
Ricos cabellos;

Esos huecos oscuros  
Que se ensancharon,  
Fueron ojos que vieron  
Y que lloraron;

Por esas grieteadas  
Formas vacías,  
Penetraron del mundo  
Las armonías.

¡¡Qué resta ya del libre  
Mágico anhelo,  
Con que esa frente altiva  
Se alzaba al cielo!!

¡La huella polvorosa  
De un sér extraño,

Adornando la mesa  
De un ermitaño!  
Aquí en la solitaria  
Celda escondida,  
Un cráneo dice: ¡¡Muerte!  
Y una cruz: ¡¡Vida!!

.....  
¡Muy alta está la cumbre!  
¡La cruz muy alta!  
Para llegar al cielo  
¡Cuán poco falta!

ANTONIO F. GRILO.

---

## UN CASTELLANO LEAL

### I.

«Hola, hidalgos y escuderos  
De mi alcurnia y mi blasón,  
Mirad como bien nacidos  
De mi sangre y casa en pró,  
Esas puertas se defiendan,  
Que no ha de entrar, vive Dios,  
Por ellas quien no estuviere  
Más limpio que lo está el sol.  
No profane mi palacio  
Un fementido traidor,  
Que contra su rey combate  
Y que á su patria vendió.  
Pues si él es de reyes primo,  
Primo de reyes soy yo,  
Y conde de Benavente,  
Si él es duque de Borbón,  
Llevándole de ventaja  
Que nunca jamás manchó